

EDUARDO GALEANO



ÍNDICE

Prólogo	3
Biografía	5
Sus amigos hablan... ..	10
... y, cómo no, también sus lectores	12



«Crónica del perseguido y la dama de noche», texto de <i>Días y noches de amor y guerra</i>	15
«No hablan los sabios», texto de <i>Memoria del fuego 1</i>	17
«Ventana sobre la utopía», texto de <i>Las palabras andantes</i>	18
«Confesión del autor», texto de <i>El fútbol a sol y sombra</i>	19
«El derecho al delirio», texto de <i>Patas arriba</i>	20
«Las edades de Ada», texto de <i>Mujeres</i>	24
«Autobiografía completísima», texto de <i>El cazador de historias</i>	25
«Los cuentos cuentan», texto de <i>El cazador de historias</i>	26



Prólogo

Vivimos tiempos confusos, dominados por gritos. Pero, como dice una amiga (gracias, María, por tu lucidez), de nada vale el grito que sale de las entrañas si no lo pasamos por el tamiz de la razón. Creemos que debatir es vociferar; no importa tanto lo que decimos sino cómo lo chillamos, la mera forma frente al contenido. Y en esta bulla huera olvidamos los significados y los sentidos, cambiamos ideas por decibelios, y con ese gritar más para tapar la voz del otro nos sentimos satisfechos. De este modo, la palabra deviene mero ruido, puro envoltorio de la nada.

Y, en medio de esa algarabía vocinglera y exangüe, aparece Galeano, que viene a desmontar nuestras certezas. Con su voz. Esa voz que, poderosa en su aparente sencillez, fluye en sus textos. Con calma, con mucha calma, ajena al pandemónium en el que estamos inmersos, con la suavidad de su decir, nos obliga a abandonar el exabrupto, y a atender, porque en este mundo de desaforados gritones, su voz, chiquita y apacible, es la que, de repente, más se oye.

Galeano nos reconcilia con la palabra; sin que nos demos cuenta, nos hace pensarla en su potencia transformadora. Un pequeño giro en una historia aparentemente sencilla, amable, y, de repente, un violento puñetazo en la boca del estómago te ha dejado sin respiración. Para recuperar el aliento, tienes que pensar (ese deporte de alto riesgo que nadie se acuerda de promocionar en este mundo tan amante de maratones y otras formas de ejercicio en el que han desembarazado al omnipresente *corpore sano* de su molesta compañera *mens*). Y descubres que la fuerza no estaba en la potencia de la voz, sino en la sutileza de las palabras, pues la palabra, ¡oh, milagro!, es instrumento de reflexión y diálogo.

Así pues, al reivindicarla, se reivindican la necesidad y el goce de pensar como un ejercicio liberador no sólo en lo personal sino

en lo colectivo. Si pensáis, como yo he hecho, nos viene a decir Galeano, descubriréis que el mundo no es como os lo han querido contar: es bastante más complejo. Y que esa complejidad, a pesar de lo que se comenta por ahí (recelad siempre de quien os diga que algo –un libro, una película, una amistad...– es difícil; manipulan y vacían las palabras para amedrentaros), no es mala. Es más, en ella os reconoceréis mucho más que en el monótono traje que os quieren cortar (siempre a su medida, no a la vuestra), pues lo complejo os obligará a cuestionar y a cuestionaros, a descubrir, a conversar, a debatir, a escuchar a los otros, esos otros cuya existencia, por oculta, por marginada, desconocíais: el pobre en una sociedad de ricos, el fracasado (¿de veras?) en una sociedad de triunfadores (¿lo son de verdad?), el libre en un mundo de dogmas.

El mundo es maravillosamente complejo, diverso. En él descubriréis que hay personas que renuncian a la existencia franquiciada (bares franquiciados, ropa franquiciada, entretenimientos franquiciados, vacaciones franquiciadas, experiencias franquiciadas, pensamiento franquiciado, vidas todas franquiciadas en su alienación) que se nos impone por doquier. Y también personas que reclaman ser escuchadas, porque les han retirado la palabra y, con ella, su existencia, pero no se resignan y quieren, simplemente, vivir; y para ello nos necesitan.

Y entonces vemos sorprendidos que Galeano nos ha enganchado, nos ha conmovido, nos ha transformado, sin alzar la voz. Porque, como ya escribí en otro lugar, para que a uno le oigan no es necesario gritar, basta con tener razón. Como la tenía, como la tiene, como la tendrá, Eduardo Galeano.

Jesús Espino

Biografía

Eduardo Galeano es uno de los autores más leídos en lengua española. Como pocos, encarna el mejor encuentro entre el oficio del periodismo (del que extraía la concisión, el dato preciso, la mirada atenta a los procesos sociales) y la creación literaria; un encuentro del que nacieron textos anclados en la realidad y, a la vez, de una gran poesía y hondura narrativa.

Nació en Montevideo en 1940, cuando, según él mismo dice, «el mundo no esperaba nada bueno», y allí vivió hasta 1973, cuando debió exiliarse primero en Argentina y luego en la costa catalana de España. A los 20 años se inició en el periodismo en la revista *Marcha*, donde convivió con intelectuales y escritores de la talla de Ángel Rama o Juan Carlos Onetti. Ya en Argentina, fundó y consolidó la revista *Crisis*, donde trabajó con el poeta y periodista Juan Gelman. En 1976 debió partir al exilio europeo, y cuando regresó a Montevideo, en 1985, fue el turno de la revista *Brecha*, un puente entre las dos orillas rioplatenses.

En 1971 publicó *Las venas abiertas de América Latina*, uno de los libros más leídos en todo el continente durante los años setenta, obra de una vitalidad y vigencia que llegan hasta hoy. En los últimos años, de hecho, ha renacido el reconocimiento a este libro fundacional, cuyo tema es América Latina desangrada de su riqueza (sus materias primas, sus recursos naturales) por elites locales al servicio de grandes monopolios, sostenidos a su vez por las grandes potencias. Ya en este libro, donde predominan la narración histórica y la explicación, se vislumbran los rasgos que atravesarán toda su escritura posterior: el hallazgo de la palabra justa, una fluidez sorprendente habida cuenta la gravedad de los hechos que se refieren, y una claridad y una eficacia expresivas que nunca recaen en el simplismo.

Seguirían el volumen de relatos *Vagamundo*, la novela *La canción de nosotros* (premio Casa de las Américas) y *Días y noches de amor y de guerra* (también premio Casa de las Américas). Con este último libro realizó una incursión en un género que iba a cultivar en obras posteriores: los microrrelatos. Este género inclasificable, que no narra grandes gestas sino historias de vida o de muerte que le permitían rescatar personas y pueblos del olvido colectivo, fue una de las marcas de Galeano: no aspiraba a la exhaustividad académica de la historia profesional ni al recorrido convencional de la ficción, sino a esas historias arbitrarias capaces de concentrar el humor, la alegría, la belleza de la vida, y también su lado oscuro o injusto, su vertiente dramática.

A partir de 1982 publicó la trilogía *Memoria del fuego* (*Los nacimientos*, *Las caras y las máscaras* y *El siglo del viento*), en la que contó la historia americana desde su origen precolombino hasta el presente, y que recibió el American Book Award de la Universidad de Washington, además del premio otorgado por el Ministerio de Cultura de Uruguay.

Luego vendrían *El libro de los abrazos* (1989) –una de las obras más clásicas y leídas después de *Las venas abiertas de América Latina*–, *Las palabras andantes* (1993) y *Bocas del tiempo* (2004), así como sus trabajos más ligados al oficio periodístico, como *Nosotros decimos no: crónicas* (1963-1988) (1989), *Ser como ellos y otros artículos* (1992) y *El fútbol a sol y sombra* (1995).

Este último libro atestigua una de sus mayores pasiones y alegrías: el fútbol, que lo llevó a declararse «messiánico», es decir, ferviente admirador y fanático de Lionel Messi. *El fútbol a sol y sombra* fue una obra en permanente proceso, siempre abierta, ya que Galeano la actualizaba, después de cada Mundial, con anécdotas frescas y una mirada atenta y crítica a los cambios y tendencias del fútbol en el mundo, convertido cada vez más en un negocio que poco tiene que ver con la pasión.

En 1998 vio la luz *Patatas arriba, la escuela del mundo al revés*, que el escritor y periodista Juan Forn considera, al recordar su propia historia como lector de Galeano, «la tercera dosis intravenosa» del autor, luego de *Las venas abiertas* y del periodismo de la revista *Crisis*. Dice Forn:

Cualquiera que haya trabajado dentro de una redacción sabe que hay pocos reconocimientos comparables al hecho de que un texto de uno aparezca fotocopiado anónimamente y pegado en alguna pared de la redacción. Yo he visto más de una vez textos de Galeano pegados así, y he visto cómo se frenan a leerlos tipos que no le regalan un elogio a nadie dentro de la redacción. Y los he visto después hacer un mínimo movimiento de cabeza, asentir como para sí mismos, antes de seguir su camino como si no hubieran estado leyendo sino pensando para sí mismos.

En 2008 apareció *Espejos, una historia casi universal*, donde plasma su modo de entender y practicar la historia, y en 2012 *Los hijos de los días*, en el que sus 366 historias cuentan, a través de personajes conocidos o anónimos, los momentos y las experiencias, tremendos o tiernos, que definen una vida humana.

En 2015, apenas un día antes de su muerte el 13 de abril en Montevideo, se publicaba *Mujeres*, una antología de sus relatos que tienen como protagonistas a la mujer, una reivindicación de quienes, con su ejemplo de vida, defienden la dignidad, siempre precaria, del ser humano.

Galeano se dedicó sistemática e incansablemente a denunciar la desigualdad y la injusticia que atraviesan la historia de la humanidad, y a recuperar las tradiciones más hondas de América Latina. Siempre eligió el lado de los más débiles, con un discurso que se hacía eco del dolor, pero que, al mismo tiempo, estaba lleno de belleza y esperanza.

Muchos son los reconocimientos de que fue objeto a lo largo de su vida:

- Premiado en dos ocasiones por la Casa de las Américas de Cuba y por el Ministerio de Cultura del Uruguay.
- Recibió el American Book Award de la Universidad de Washington, en Estados Unidos, por su trilogía *Memoria del fuego*, y en Italia los premios Mare Nostrum, Pellegrino Artusi y Grinzane Cavour, por el conjunto de su obra.
- En Suecia le otorgaron el premio Stig Dagerman en 2010 y al año siguiente, en México, la medalla del Bicentenario de la Independencia.
- Fue el primer escritor galardonado con el premio Aloa, creado por los editores de Dinamarca, y también inauguró el Cultural Freedom Prize, otorgado por la Fundación Lannan, y el Premio a la Comunicación Solidaria, de la ciudad española de Córdoba.
- En el año 2008, los países miembros del Mercosur lo eligieron primer Ciudadano Ilustre, y en 2013 se le concedió el premio Alba de las Letras.
- También recibió el premio José Carrasco, de los periodistas de Chile, el premio argentino Rodolfo Walsh, el premio José D'Elía de la central obrera del Uruguay, el premio español Manuel Vázquez Montalbán y el premio José María Arguedas de la Casa de las Américas.
- Ha sido condecorado con la Orden Rubén Darío en Nicaragua, la Orden Félix Varela y la medalla Haydée Santamaría en Cuba, la Orden de Mayo en Argentina, la medalla de oro del Círculo de Bellas Artes en España y la medalla de la Independencia en la Ciudad de México.

El mundo académico tampoco se ha olvidado de él:

- doctor *Honoris Causa* de las universidades de La Paz, La Habana, San Salvador, Veracruz y Guadalajara,
- de las argentinas de Córdoba, Neuquén, Mendoza y San Luis, y
- profesor honorario de la Facultad de Derecho de Buenos Aires.

- En 2011, la Federación Universitaria de Buenos Aires le concedió la distinción Deodoro Roca «por ser un ejemplo para la juventud latinoamericana».

Pero, sin duda, lo que más le gratificaba eran la emoción y el compromiso de sus lectores:

Un amigo mío contestó a la pregunta de si conocía a Galeano de esta manera: «¿Galeano?, es uno de los nuestros. ¿Te parece poco?».

Galeano es increíble, increíble lo crítico que es (con el mundo, consigo mismo) y lo mucho que te hace pensar con unas cuantas oraciones. Muy, muy bueno.

La obra de Galeano establece un frente común contra la pobreza, la miseria moral y material, la hipocresía de un mundo que sigue abriendo cada vez más distancias entre los que tienen y los que no tienen.

No adorna nada con términos rebuscados, su sencillez y profundidad nos llegan a lo más interno de nuestros sentidos, y su sensible intelectualidad hace del gran Galeano un sabio.

(Testimonios entresacados de diversos *blogs* y foros de la red)

Sus amigos hablan...

Eduardo se adelantaba al tiempo, pero no al tiempo contado en los días, sino al tiempo que nos habita. Descubrí a Eduardo leyendo sus libros, pero, sobre todo, reconociéndome en ellos, como tantos y tantas, y nos convertimos y disfrutamos de ser amigos. Un día decidí mandarle un pequeño cuadernito sobre mis primeros pasos en El Salvador, en 1989, cuando andábamos buscando herramientas para el acompañamiento a las víctimas de la tortura en medio de la guerra. Después, recibí en mi buzón, en esos tiempos de sorpresa, unas letras de Eduardo que, desde entonces, siempre me acompañaron. Cuando digo acompañar es sentirte parte de un sentipensamiento colectivo, que él aprendió de los pescadores colombianos y del que era escribano. Imagino a Eduardo en la época de los egipcios tomando notas en la tabla, pero sus palabras y sus libros no tenían más jeroglífico que el de dejarte tocar. Y, entonces, el milagro se producía. Entre viaje y cuadernito fuimos tejiendo andares.

Un día de 1996, cuando iba a ir con Helena a La Realidad, ese lugar de nombre tan bien puesto en Chiapas, me escribió para venir a Guatemala. Hacía 30 años que él no estaba allí, desde los pasos en la Sierra Madre donde andaba el poeta Otto René Castillo, irreverente como su amigo Roque Dalton. Generoso siempre con su tiempo, nos regaló una charla que aún está en el eco del corazón de tanta gente del Remhi, cuando preparábamos el informe *Guatemala Nunca Más*. A nosotros, que escribíamos sobre los miles de muertos y desaparecidos –esos *nadies* de los que escribió–, nos habló de la memoria como un puerto de salida. Hicimos un largo viaje en camioneta para ir con el pueblo y las gallinas al mercado, con velocidades en las curvas que terminaron dándole un miedito que todos ya habíamos experimentado.

Eduardo se hizo hermano. Somos muchos y muchas los que tenemos sus libros en pedazos de nuestra carne. Ahora vuelvo a recordar tantos brindis y, sí, como tú escribiste, recordar es volver a pasar por el corazón. Así es en aniversarios, letras y conversaciones compartidas. Momentos en los que seguimos naciendo. Nos sigues acompañando y nosotros, suertudos, te celebramos.

(Carlos Martín Beristain)

Como casi todas las tardes de ese mes de julio, Eduardo se acercaba a buscarme a la mesa del salón de su casa. Eso significaba calle. Dejaba el despacho, colocaba en su cinturón sus bolígrafos alineados como pequeños combatientes y, escondida en la chaqueta, su pequeña libreta. Se preparaba por si las historias fueran a surgir en cualquier esquina. Repetía los mismos caminos, pero siempre iba preparado, atento a lo extraordinariamente pequeño.

Andábamos hacia la rambla de Montevideo, y en aquellos paseos pudo contarme una única historia, para lo que utilizó muchas horas, muchos días, múltiples relatos, cuentitos, amargos y dulces..., todos para contarme una única historia. Me contó, entre paso y paso, que las historias más extraordinarias se quedan siempre escondidas en el refugio seguro de la dignidad. Esperando.

Entonces, un día pisando ya la arena, junto a lo que él llamaba mar y Helena río, a la altura de Malvín, un hombre mayor se le acercó, parecían familia, amigos desde la infancia por cómo se miraban. Pero no se conocían. Y el hombre, agarrando con sus manos ancianas los hombros de Eduardo, le dijo con una hermosa sonrisa...

—No te mueras nunca Eduardo.

Seguimos paseando, en silencio ya, un buen rato.

Eduardo se paró, y me dijo con su media sonrisa:

—Es hermoso que me digan eso.

(Pablo Rabasco)

... Y, CÓMO NO, TAMBIÉN SUS LECTORES

Leolo, el personaje de la bellísima película de Jean-Claude Lauzón, asediado por la locura y el horror, se repetía:

Porque sueño, no estoy loco,
porque sueño, no lo estoy...

Galeano nos narra un mundo loco y horrible pero plagado de dignidad y sueños, plagado de fe.

Porque Galeano escribe, yo sueño,
porque sueño, no lo estoy.

(Coral Troncoso)

Asombro, asombro y perplejidad, eso es lo que me provoca Galeano. Una perplejidad que surge de la paradoja de ese lenguaje que, con las palabras más bellas, describe una realidad terrible y amarga. Y siempre, de fondo, su voz, esa voz suave, calmada, pausada, pero de sorprendente contundencia en la denuncia. ¿Cómo no sentirse conmovido?

(Rosa María de la Torre)

Pocos autores concentran en su obra la conciencia que el ser humano ha ido perdiendo o que quizá nunca alcanzó... Eduardo Galeano hizo de la realidad literatura para que esta revirtiera de nuevo en la conciencia colectiva o por lo menos contribuyera a sacarla del baúl donde la estaban encerrando.

Para los que tenemos alguna fe aún en el periodismo, Galeano nos solía recordar que agradecía a esta profesión que le hubiera sacado de la contemplación de los laberintos de su propio ombligo.

(José Bernardo Luna Recuero)

Con las «venas abiertas» y «los abrazos» nos diste a conocer una América Latina usurpada y dolorida, pero, a través de tus ojos, valiosa y llena de belleza. Qué indispensable fuiste en mi encuentro con esas gentes y tierras que tanto amabas. El desgarró, la emoción, el amor, se vislumbran en tus palabras, que, a la vez de ilustrar el legado histórico, muestran con justicia un pasado sepultado.

Cuando creíamos que nos lo habías enseñado todo abriéndonos la ventana a una historia bien contada, sin manipulaciones, nos regalaste los «hijos de los días», para que pudiésemos encontrar el sentido humano de un día como el de nuestro nacimiento. Pero no dejaste ahí tu legado, que con el paso de los años se vuelve aún más valioso, sino que pusiste luz al sufrimiento y la creación de las mujeres en el mundo que hoy conocemos. Dejando evidencia de que no podía pasar ni un minuto más sin incluirlas en la construcción del recuerdo colectivo.

Gracias, Eduardo, por darnos tantas alegrías y tristezas convertidas en vergüenza y orgullo de especie. Por situar en su lugar a las mujeres, los «nadies», los olvidados, los maltratados y los injustamente juzgados. Gracias por hacerlos necesarios. Y gracias por esa prosa-verso que nos ha ilustrado.

(Noemí González Puente)

Un amigo mío contestó a la pregunta de si conocía a Galeano de esta manera: «¿Galeano?, es uno de los nuestros. ¿Te parece poco?».

(encontrado en internet)



Crónica del perseguido y la dama de noche

Se conocen, de madrugada, en un bar de lujo. A la mañana, él despierta en la cama de ella. Ella calienta café; lo beben de la misma taza. Él descubre que ella se come las uñas y que tiene lindas manos de gurisa chica. No se dicen nada. Mientras se viste, él busca palabras para explicarle que no le podrá pagar. Sin mirarlo, ella dice, como quien no quiere la cosa:

—No sé ni cómo te llamás. Pero si querés quedarte, quedate. La casa no es fea.

Y se queda.

Ella no hace preguntas. Él tampoco.

Por las noches, ella se va a trabajar. Él sale poco o nada.

Pasan los meses.

Una madrugada, ella encuentra la cama vacía. Sobre la almohada, una carta que dice:

Quisiera llevarme una mano tuya. Te robo un guante. Perdoname. Te digo chau y mil gracias por todo.

Él atraviesa el río con documentos falsos. A los pocos días, cae preso en Buenos Aires. Cae por una boba casualidad. Lo venían buscando desde hacía un año.

El coronel lo insulta y lo golpea. Lo alza por las solapas:

—Nos vas a decir dónde estuviste. Vas a decirnos todo.

Él contesta que vivió con una mujer en Montevideo. El coronel no cree. Él muestra la fotografía: ella sentada en la cama, desnuda, con las manos en la nuca, el largo pelo negro resbalando sobre los pechos.

—Con esta mujer —dice—. En Montevideo.

El coronel le arranca la fotografía de la mano y de pronto hierve de furia, pega un puñetazo en la mesa, grita *la puta madre*

que la parió, traidora hija de puta, me la va a pagar, desgraciada, ésta sí que me la va a pagar.

Y entonces él se da cuenta. La casa de ella había sido una trampa, montada para cazar a tipos como él. Y recuerda lo que ella le había dicho, un mediodía, después del amor:

—¿Sabés una cosa? Yo nunca sentí, con nadie, esta... esta alegría de los músculos.

Y por primera vez entiende lo que ella había agregado, con una rara sombra en los ojos:

—Alguna vez tenía que pasarme, ¿no? —había dicho—. Joderse. Yo sé perder.

(Esto sucedió en el año 56 ó 57, cuando los argentinos acosados por la dictadura cruzaban el río y se escondían en Montevideo.)

No hablan los sabios

Éste es el camino más brillante del mundo. De mar a mar serpentea el largo hilo de plata. Infinitas hileras de mulas atraviesan la selva, agobiadas por los metales de Potosí, rumbo a los galeones que esperan en Portobelo.

Los monitos acompañan la ruta de la plata volando de rama en rama a través de Panamá. Chillando sin tregua, se burlan de los arrieros y les arrojan proyectiles de guayaba.

A orillas del río Chagres, fray Diego de Ocaña los está admirando. Para atravesar el río, los monos forman una cadena desde la copa de un árbol, agarrándose unos a otros por las colas: la cadena se balancea y toma impulso hasta que un envión fuerte la arroja hacia las ramas más altas de la otra orilla.

El indio peruano que carga el equipaje de Ocaña, se le acerca y comenta:

—Padre, éstos son gente. No hablan para que los españoles no se den cuenta. Si ven que son gente, los mandan a trabajar a las minas.

(157)

Ventana sobre la utopía

Ella está en el horizonte —dice Fernando Birri—. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar.

Confesión del autor

Como todos los uruguayos, quise ser jugador de fútbol. Yo jugaba muy bien, era una maravilla, pero sólo de noche, mientras dormía: durante el día era el peor pata de palo que se ha visto en los campitos de mi país.

Como hincha, también dejaba mucho que desear. Juan Alberto Schiaffino y Julio César Abbadie jugaban en Peñarol, el cuadro enemigo. Como buen hincha de Nacional, yo hacía todo lo posible por odiarlos. Pero el *Pepe* Schiaffino, con sus pases magistrales, armaba el juego de su equipo como si estuviera viendo la cancha desde lo más alto de la torre del estadio, y el *Pardo* Abbadie deslizaba la pelota sobre la línea blanca de la orilla y corría con botas de siete leguas, hamacándose sin rozar la pelota ni tocar a los rivales: yo no tenía más remedio que admirarlos, y hasta me daban ganas de aplaudirlos.

Han pasado los años, y a la larga he terminado por asumir mi identidad: yo no soy más que un mendigo de buen fútbol. Voy por el mundo sombrero en mano, y en los estadios suplico:

—*Una linda jugadita, por amor de Dios.*

Y cuando el buen fútbol ocurre, agradezco el milagro sin que me importe un rábano cuál es el club o el país que me lo ofrece.



El derecho al delirio

Ya está naciendo el nuevo milenio. No da para tomarse el asunto demasiado en serio: al fin y al cabo, el año 2001 de los cristianos es el año 1379 de los musulmanes, el 5114 de los mayas y el 5762 de los judíos. El nuevo milenio nace un primero de enero por obra y gracia de un capricho de los senadores del imperio romano, que un buen día decidieron romper la tradición que mandaba celebrar el año nuevo en el comienzo de la primavera. Y la cuenta de los años de la era cristiana proviene de otro capricho: un buen día, el papa de Roma decidió poner fecha al nacimiento de Jesús, aunque nadie sabe cuándo nació.



El tiempo se burla de los límites que le inventamos para creernos el cuento de que él nos obedece; pero el mundo entero celebra y teme esta frontera.

Una invitación al vuelo

Milenio va, milenio viene, la ocasión es propicia para que los oradores de inflamada verba peroren sobre el destino de la humanidad, y para que los voceros de la ira de Dios anuncien el fin del mundo y la reventazón general, mientras el tiempo continúa, calladito la boca, su caminata a lo largo de la eternidad y del misterio.

La verdad sea dicha, no hay quien resista: en una fecha así, por arbitraria que sea, cualquiera siente la tentación de pregun-

tarse cómo será el tiempo que será. Y vaya uno a saber cómo será. Tenemos una única certeza: en el siglo veintiuno, si todavía estamos aquí, todos nosotros seremos gente del siglo pasado y, peor todavía, seremos gente del pasado milenio.

Aunque no podemos adivinar el tiempo que será, sí que tenemos, al menos, el derecho de imaginar el que queremos que sea. En 1948 y en 1976, las Naciones Unidas proclamaron extensas listas de derechos humanos; pero la inmensa mayoría de la humanidad no tiene más que el derecho de ver, oír y callar. ¿Qué tal si empezamos a ejercer el jamás proclamado derecho de soñar? ¿Qué tal si deliramos, por un ratito? Vamos a clavar los ojos más allá de la infamia, para adivinar otro mundo posible:

el aire estará limpio de todo veneno que no venga de los miedos humanos y de las humanas pasiones;

en las calles, los automóviles serán aplastados por los perros;

la gente no será manejada por el automóvil, ni será programada por la computadora, ni será comprada por el supermercado, ni será mirada por el televisor;

el televisor dejará de ser el miembro más importante de la familia, y será tratado como la plancha o el lavarropas;

la gente trabajará para vivir, en lugar de vivir para trabajar;

se incorporará a los códigos penales el delito de estupidez, que cometen quienes viven por tener o por ganar, en vez de vivir por vivir nomás, como canta el pájaro sin saber que canta y como juega el niño sin saber que juega;

en ningún país irán presos los muchachos que se nieguen a cumplir el servicio militar, sino los que quieran cumplirlo;

los economistas no llamarán *nivel de vida* al nivel de consumo, ni llamarán *calidad de vida* a la cantidad de cosas;

los cocineros no creerán que a las langostas les encanta que las hiervan vivas;

los historiadores no creerán que a los países les encanta ser invadidos;

los políticos no creerán que a los pobres les encanta comer promesas;

la solemnidad se dejará de creer que es una virtud, y nadie tomará en serio a nadie que no sea capaz de tomarse el pelo;

la muerte y el dinero perderán sus mágicos poderes, y ni por defunción ni por fortuna se convertirá el canalla en virtuoso caballero;

nadie será considerado héroe ni tonto por hacer lo que cree justo en lugar de hacer lo que más le conviene;

el mundo ya no estará en guerra contra los pobres, sino contra la pobreza, y la industria militar no tendrá más remedio que declararse en quiebra;

la comida no será una mercancía, ni la comunicación un negocio, porque la comida y la comunicación son derechos humanos;

nadie morirá de hambre, porque nadie morirá de indigestión;

los niños de la calle no serán tratados como si fueran basura, porque no habrá niños de la calle;

los niños ricos no serán tratados como si fueran dinero, porque no habrá niños ricos;

la educación no será el privilegio de quienes puedan pagarla;

la policía no será la maldición de quienes no puedan comprarla;

la justicia y la libertad, hermanas siamesas condenadas a vivir separadas, volverán a juntarse, bien pegaditas, espalda contra espalda;

una mujer, negra, será presidenta de Brasil y otra mujer, negra, será presidenta de los Estados Unidos de América; una mujer

india gobernará Guatemala y otra, Perú;

en Argentina, las *locas* de Plaza de Mayo serán un ejemplo de salud mental, porque ellas se negaron a olvidar en los tiempos de la amnesia obligatoria;

la Santa Madre Iglesia corregirá las erratas de las tablas de Moisés, y el sexto mandamiento ordenará festejar el cuerpo;

la Iglesia también dictará otro mandamiento, que se le había olvidado a Dios: «Amarás a la naturaleza, de la que formas parte»;

serán reforestados los desiertos del mundo y los desiertos del alma;

los desesperados serán esperados y los perdidos serán encontrados, porque ellos son los que se desesperaron de tanto esperar y los que se perdieron de tanto buscar;

seremos compatriotas y contemporáneos de todos los que tengan voluntad de justicia y voluntad de belleza, hayan nacido donde hayan nacido y hayan vivido cuando hayan vivido, sin que importen ni un poquito las fronteras del mapa o del tiempo;

la perfección seguirá siendo el aburrido privilegio de los dioses;

pero en este mundo chambón y jodido, cada noche será vivida como si fuera la última y cada día como si fuera el primero.



Las edades de Ada

A los dieciocho años, se fuga en brazos de su preceptor.

A los veinte se casa, o la casan, a pesar de su notoria incompetencia para los asuntos domésticos.

A los veintiuno, se pone a estudiar, por su cuenta, lógica matemática. No son ésas las labores más adecuadas para una dama, pero la familia le acepta el capricho, porque quizás así pueda entrar en razón y salvarse de la locura a la que está destinada por herencia paterna.

A los veinticinco, inventa un sistema infalible, basado en la teoría de las probabilidades, para ganar dinero en las carreras de caballos. Apuesta las joyas de la familia. Pierde todo.

A los veintisiete, publica un trabajo revolucionario. No firma con su nombre. ¿Una obra científica firmada por una mujer? Esa obra la convierte en la primera programadora de la historia: propone un nuevo sistema para dictar tareas a una máquina que ahorra las peores rutinas a los obreros textiles.

A los treinta y cinco, cae enferma. Los médicos diagnostican histeria. Es cáncer.

En 1852, a los treinta y seis años, muere. A esa misma edad había muerto su padre, lord Byron, poeta, a quien nunca vio.

Un siglo y medio después, se llama Ada, en su homenaje, uno de los lenguajes de programación de computadoras.

Autobiografía completísima

Nací el 3 de setiembre de 1940, mientras Hitler devoraba media Europa y el mundo no esperaba nada bueno.

Desde que era muy pequeño, tuve una gran facilidad para cometer errores. De tanto meter la pata, terminé demostrando que iba a dejar honda huella de mi paso por el mundo.

Con la sana intención de profundizar la huella, me hice escritor, o intenté serlo.

Mis trabajos más exitosos son tres artículos que circulan con mi nombre en Internet. En la calle me para la gente, para felicitarme, y cada vez que eso ocurre me pongo a deshojar la margarita:

—*Me mato, no me mato, me mato...*

Ninguno de esos artículos fue escrito por mí.



Los cuentos cuentan

[...]

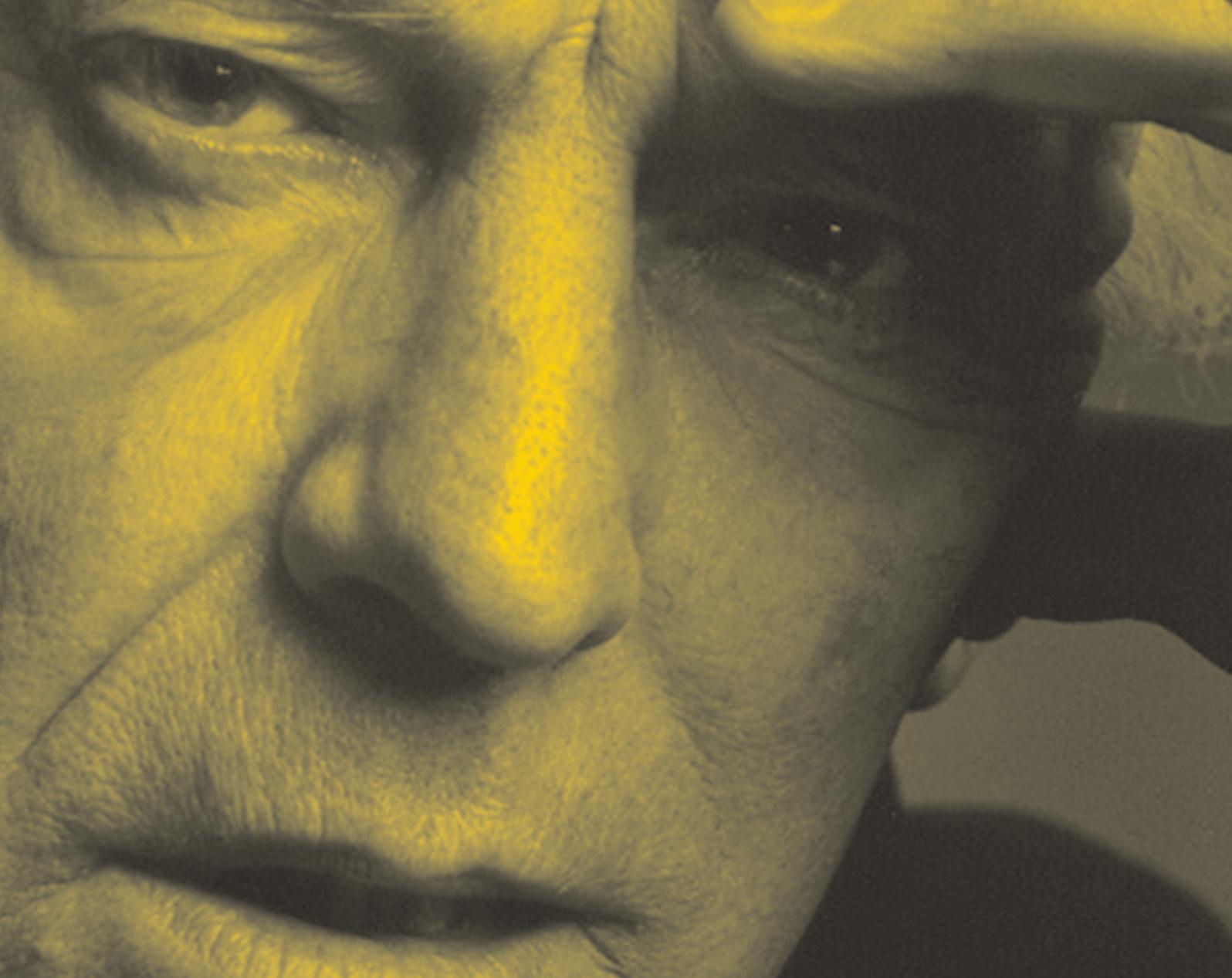
Y en otra charla, en Atenas, ante los estudiantes del Politécnico, fui acompañado por un perro, llamado Kanelos.

Él se acurrucó a mis pies, en el estrado. Yo no lo conocía, pero él tuvo la paciencia de escucharme, la cabeza erguida, del principio al fin. Kanelos era un perro marca perro, un perro de la calle, respondón, retobado, que jamás faltaba a ninguna de las manifestaciones estudiantiles, siempre a la cabeza de todos, desafiando a los policías.

Siete años después, en el año 2010, estalló la furia griega. Los estudiantes encabezaron la protesta contra los exterminadores de países, que estaban obligando a Grecia a purgar los pecados de Wall Street, y a la cabeza del griterío popular, visible entre los gases y los fuegos, había un perro. Lo reconocí en las fotos. Era Kanelos. Pero mis amigos griegos me dijeron que Kanelos había muerto, hacía un año y medio.

Yo les aclaré que se equivocaban. Aquel perro protestón, aquel atorrante impresentable, era Kanelos. Ahora se llamaba Lukanikos, para despistar al enemigo.

[...]



biblioteca
eduardo galeano

**EDUARDO
GALEANO**
**LAS VENAS
ABIERTAS
DE AMÉRICA
LATINA**



SIGLO
XXI
EDICIONES

9788432311451

**EDUARDO
GALEANO**
**NOSOTROS
DECIMOS NO**
CRÓNICAS 1963-1988



SIGLO
XXI
EDICIONES

9788432306754

**EDUARDO
GALEANO**
**SER COMO
ELLOS**
Y OTROS ARTÍCULOS



SIGLO
XXI
EDICIONES

9788432307614

**EDUARDO
GALEANO**
**EL LIBRO
DE LOS
ABRAZOS**



SIGLO
XXI
EDICIONES

9788432306907

**EDUARDO
GALEANO**
**LAS PALABRAS
ANDANTES**
CON GRABADOS DE JOSÉ BORGES



SIGLO
XXI
EDICIONES

9788432308147

**EDUARDO
GALEANO**
**EL FÚTBOL
A SOL
Y SOMBRA**



SIGLO
XXI
EDICIONES

9788432317729

**EDUARDO
GALEANO**
PATAS ARRIBA
LA ESCUELA DEL
MUNDO AL REVÉS



SIGLO
XXI
EDICIONES

9788432309748

**EDUARDO
GALEANO**
**BOCAS DEL
TIEMPO**



SIGLO
XXI
EDICIONES

9788432311543

**EDUARDO
GALEANO**
ESPEJOS
UNA HISTORIA CASI UNIVERSAL



SIGLO
XXI
EDICIONES

9788432313141

**EDUARDO
GALEANO**
**MEMORIA DEL
FUEGO 1**
LOS NACIMIENTOS



SIGLO
XXI
ESPANOL

9788432304408

**EDUARDO
GALEANO**
**MEMORIA DEL
FUEGO 2**
LAS CARAS Y LAS MÁSCARAS



SIGLO
XXI
ESPANOL

9788432304798

**EDUARDO
GALEANO**
**MEMORIA DEL
FUEGO 3**
EL SIGLO DEL VIENTO



SIGLO
XXI
ESPANOL

9788432305818

**EDUARDO
GALEANO**
MUJERES



SIGLO
XXI
ESPANOL

9788432317682

**EDUARDO
GALEANO**
**LOS HIJOS
DE LOS DÍAS**



SIGLO
XXI
ESPANOL

9788432316272

**EDUARDO
GALEANO**
**EL CAZADOR
DE HISTORIAS**



SIGLO
XXI
ESPANOL

9788432318023

**EDUARDO
GALEANO**
**DÍAS Y NOCHES
DE AMOR Y DE
GUERRA**



SIGLO
XXI
ESPANOL

9788432317750

**EDUARDO
GALEANO**
**VAGAMUNDO
Y OTROS
RELATOS**



SIGLO
XXI
ESPANOL

9788432318665

**EDUARDO
GALEANO**
**LA CANCIÓN
DE NOSOTROS**



SIGLO
XXI
ESPANOL

9788432318634



SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: +34 918 061 996
Fax: +34 918 044 028
e-mail: atencion.cliente@akal.com
web: www.akal.com
web: www.sigloxxieditores.com